

DOCUMENTOS Y TESTIMONIOS

El Trabajo Social ante el avance del populismo de derecha

Social Work in the face of the advance of right-wing populism

IGOR ALZUETA-GALAR

Universidad Pública de Navarra, España

RESUMEN Este ensayo tiene por objetivo problematizar el quehacer del trabajo social al calor del avance de los populismos de derecha en Latinoamérica. Retomando la teoría de la hegemonía de Gramsci como herramienta analítica, se propone un recorrido por el trabajo social como caja de resonancia del proyecto ideológico de las élites. Desde ahí, se profundiza en lo que el artículo denomina *profesional generador* como antítesis del *profesional reproductor*, ofreciendo líneas de trabajo para este trabajo social crítico. El ejercicio es el resultado de un trabajo hermenéutico crítico, de revisión de textos y literatura en el contexto de la disciplina y las ciencias sociales. Pretende salir de las lecturas diagnósticas, entregado puntos de fuga en la intervención directa. Todo ello en un contexto de enormes riesgos e incertidumbres para los grupos con los que el Trabajo Social se vincula, en virtud del avance de gobiernos populistas y la instalación un sentido común de carácter individualizador y meritocrático.

PALABRAS CLAVE Trabajo social; Populismo de derecha; Gramsci; hegemonía; intelectual orgánico.



Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0).

ABSTRACT The aim of this essay is to problematize the work of social work in the heat of the advance of right-wing populisms in Latin America. Returning to Gramsci's theory of hegemony as an analytical tool, it proposes a journey through social work as a sounding board for the ideological project of the elites. From there, it delves into what the article calls the *generating professional* as the antithesis of the *reproducing professional*, offering lines of work for this critical social work. The exercise is the result of a critical hermeneutic work, reviewing texts and literature in the context of the discipline and the social sciences. It aims to go beyond diagnostic readings, delivering vanishing points in direct intervention. All this in a context of enormous risks and uncertainties for the groups with which Social Work is linked, due to the advance of populist governments and the installation of a common sense of individualizing and meritocratic character.

KEY WORDS Social work; right-wing populisms; Gramsci; hegemony; organic intellectual.

1. Introducción

El avance del populismo de derecha en el continente latinoamericano ha resultado una constante en los últimos años (Mudde, 2004, 2019). Desde que Donald Trump gana su primera elección presidencial en Estados Unidos en 2016, luego se han sumado a la ola de una extrema derecha populista, Jair Bolsonaro en Brasil, Iván Duque en Colombia, Nayib Bukele en El Salvador o Javier Milei en Argentina. Estas figuras, con sus particularidades, han ido profundizando no solo un discurso, sino que un proyecto societal sustentado en posiciones ultraconservadoras y liberal-libertarias en los distintos países en “nuestra américa”. Sin embargo, vale llamar la atención, respecto de un fenómeno que se ha ido reproduciendo también en países de Europa. A las ya mencionadas, se suman otros liderazgos, que, de momento, han quedado a las puertas de la presidencia, como José Antonio Kast en Chile o Keiko Fujimori en Perú. Pero que, a pesar de no haber ganado las elecciones en sus respectivos países, han logrado instalar un cierto relato ultraconservador, especialmente en temas morales y antiinmigración, pero ultraliberal en lo económico.

Es evidente la existencia de un intenso debate al interior de las ciencias sociales, dada la amplitud del fenómeno y los matices de cada movimiento y candidato. El crisol ideológico de estas figuras es enormemente amplio. Milei, que en más de una ocasión ha declarado su objetivo por acabar con el Estado situándolo en posiciones anarcocapitalistas (Retamozo, 2025). Figuras como Kast que, siendo un firme defensor de la doctrina neoliberal, despega electoralmente con su aproximación a las iglesias evangélicas y su agenda “antiderechos” (Caro y Quintal, 2023). Bolsonaro, en el

que cohabita el ultraconservadurismo evangélico con la nostalgia militarista resultado de la inseguridad en Brasil (Zanotti y Roberts, 2021). Hasta Bukele, que, habiendo roto con el Frente Farabundo Martí, ha impulsado una política de “seguridad” que se ha materializado en la construcción de un estado policial (Roque, 2021). Se opta por la categoría “populismo de derecha” frente a otros -fascismos, neofascismos, extrema derecha, etc.- que también están a debate, a partir del clivaje que proponen Mudde y Rovira Kaltwasser (2013) quienes utilizan el término de populismo excluyente para señalar a los movimientos de derecha que han surgido a inicios del S.XXI en Europa. Entre estos actores se encuentra el lepenismo en Francia, Orbán en Hungría, Meloni en Italia o AFD en Alemania o FPO en Austria. Todos ellos, al igual que en el caso latinoamericano, profundamente diversos, que incluso, se sitúan en familias diferenciadas dentro del parlamento europeo. Es su condición autoritaria, su apelación a un cierto nativismo y sus discursos excluyentes (Mudde, 2021), a través de políticas de señalamiento hacia un otro “diferente” y siempre subalternizado, lo que les permite a los autores generar la categoría aglutinante.

Más allá de estos matices, lo que se hace patente en este escenario es que los vientos que recorren el continente soplan impulsados por las políticas reaccionarias, moralizadoras y criminalizadoras de los subalternos¹. De una persecución hacia una serie de derechos y libertades que parecían garantizadas recientemente, de una reducción del Estado como generador de políticas públicas inclusivas y figura histórica encargada de redistribuir de la riqueza.

El Trabajo Social no es ajeno al movimiento telúrico que ocurre bajo sus pies, más bien todo lo contrario. Precisamente, las políticas de recortes impulsadas por estos gobiernos de derecha han priorizado las áreas sociales como Meloni en Italia eliminando la renta de inserción², Milei amenazando con retirar las ayudas sociales a quienes se manifiesten³ y eliminando ministerios⁴ o Bolsonaro, unos años antes,

1. El concepto subalterno es central para el artículo. En el trabajo se entiende como un grupo más amplio, heterogéneo y diverso que el de proletariado (Guha, 2011; Thomas, 2013). En el que, como afirma Green (2011, p. 388), se logra “identificar a los grupos sociales marginados de la historia de Italia”.

2. La renta de inserción en Italia es una renta básica para los sectores en exclusión social. <https://elpais.com/opinion/2023-08-04/meloni-contralos-pobres.html>.

3. Milei ha amenazado en reiteradas ocasiones con suspender los subsidios y ayudas sociales a quienes se manifiesten contra las políticas de su gobierno o adhieran a los paros. <https://www.latimes.com/espanol/internacional/articulo/2023-12-18/argentina-gobierno-de-milei-advierte-con-retirar-ayudas-sociales-a-los-que-salgan-a-manifestarse>.

4. Milei eliminó ministerios centrales para la gestión de las ayudas sociales. <https://elpais.com/argentina/2024-06-05/la-eliminacion-de-ministerios-impuesta-por-milei-colapsa-la-ayuda-social-en-argentina.html>.

reduciendo la bolsa familiar⁵. Como actor privilegiado en su trabajo con los sectores subalternos, tiene ante sí, la responsabilidad ética y política de tomar partido (Alzueta-Galar, 2019; Vivero, 2013, 2014), pues como sentencia Gramsci (2016, p. 9), la indiferencia “es la fatalidad, aquello con lo que no se puede contar, lo que altera los programas, lo que trastorna los planes mejor elaborados, es la materia bruta que se rebela contra la inteligencia y la estrangula.” Asumir un rol para la estabilidad o para el cambio (Freire, 1968) supone, en el contexto actual, posicionarse ante este hecho. En última instancia, esto arrastra un ejercicio de imprescindible cuestionamiento: ¿Paraqué?, ¿Cuál es el sentido y la funcionalidad que envuelve a la intervención en trabajo social? (Netto, 2003).

El objetivo del artículo es adentrarse en el basamento ideológico y político neoliberal - con especial atención en el quehacer del Trabajo social a través de su accionar-, que ha ofrecido una alfombra roja a la llegada de los gobiernos populistas de derecha en el continente. A partir de ahí, se hace posible comprender el papel que un Trabajo social comprometido política y profesionalmente con los oprimidos (Freire, 2004, 2006) puede desarrollar. Para ello, se apuesta por la hermenéutica crítica y, particularmente, por la teoría gramsciana, como paradigma analítico. El trabajo del autor italiano ofrece un robusto andamiaje para el análisis estructural. Términos como batalla cultural o centralidad, empleados hoy por los populismos de derecha tienen en Gramsci a su autor original. A partir de ahí, el texto se despliega hacia figuras contemporáneas que permiten aterrizar el análisis a las realidades presentes. Todo ello, atravesado por un esfuerzo de revisión de una basta bibliografía, que inunda el conjunto del ejercicio.

De este modo, el artículo queda estructurado en cuatro capítulos. Uno (1) primero en el que se hace un recorrido por el concepto de hegemonía y neoliberalismo, para a continuación, presentar la relación de estos conceptos con la política social como correlato ideológico, el papel de los gobiernos progresistas durante la década ganada y, finalmente, su coagulación en el sentido común de época. Un (2) segundo capítulo centrado en el trabajo social como disciplina para la reproducción del orden social. Frente a este trabajo social, el tercer capítulo (3) desarrolla el concepto de *profesional generador*, como agente para el cambio y transformación. Finalmente, un último ítem (4) de conclusiones, donde se proponen algunas consideraciones desde las que la disciplina pueda irradiar tanto hacia los sectores subalternos como al resto de la profesión.

5. Bolsonaro implementó una serie de recortes que afectaron a formación para el empleo, inspecciones laborales y las ayudas de subsistencia básica. <https://www1.folha.uol.com.br/internacional/es/brasil/2019/12/bolsonaro-hace-recortes-en-areas-sociales-culturales-y-laborales.shtml>.

2. Hegemonía y neoliberalismo

Hegemonía como categoría tiene una larga tradición en la teoría marxista. Sus precedentes se sitúan en la socialdemocracia rusa cuando Plejanov recupera el término “gegemonye” para proponer la necesidad de que la clase obrera se adentre en la lucha política más allá de las disputas económicas (Anderson, 1981; Laclau y Mouffe, 1987; William, 2020). Gramsci hereda el término de Lenin (1977) y le entrega un sentido nuevo, como capacidad de conducción política de la clase dirigente para hacer coincidir sus intereses “con los intereses generales de los grupos subordinados” (Gramsci, 2015, p. 370). Se trata, por lo tanto, de un ejercicio de seducción. En este caso, los grupos dirigentes junto con los grupos aliados gravitantes conforman el bloque histórico⁶ que es más que “una simple alianza de clase, [lo que permite] superar la visión mecanicista de la rígida y dicotómica relación entre estructura y superestructura” (Vivero-Arriagada, 2023, p. 41-42). La función de este bloque histórico es elaborar la argamasa filosófica e ideológica, que cristaliza en una dirección intelectual, política y moral de la sociedad, eyectando su energía hacia el conjunto de los dispositivos sociales y los grupos subalternos. Siguiendo a Alzueta-Galar (2024, p. 37) la hegemonía a través del bloque histórico conlleva la “conducción de [una] clase que condensa no solo en el Estado, sino que, a través de los actores de la sociedad civil, le permite optimizar y desarrollar todo su potencial”.

Puede apreciarse que se comporta simultáneamente como agua de lluvia que todo lo empapa a la vez que como torrente que arrasa con todo a su paso, en dirección vertical y horizontal. Es decir, entre clases sociales, pero también al interior de las propias clases sociales. La hegemonía va permeando, produciendo y reproduciendo una serie de relaciones sociales que se materializan posteriormente en brechas de clase, género o raciales, entre otras. Balsa (2007) habla de hegemonías, con “s”, para referirse a esta fragmentación. Este hecho evidencia el carácter dialéctico de la hegemonía como expresión de unos sistemas sociales expuestos a una constante tensión entre fuerzas. Pero también, constata la incapacidad de las clases dirigentes para suturar la sociedad, para encerrarla eternamente. Es decir, se trata de un proceso abierto a las pasiones sociales, mutable a partir de las luchas y correlaciones de fuerza de cada tiempo histórico. Williams (2009, p. 155) señala en este mismo sentido que la hegemonía “debe ser continuamente renovada, recreada, defendida y modificada. [...] Asimismo, es continuamente resistida, limitada, alterada y desafiada por presiones que de ningún modo le son propias”.

6. El de Bloque histórico es un concepto central en la teoría de Antonio Gramsci. Laclau y Mouffe (1987) indican que lo conforman dos aguas: la de hegemonía a través de Lenin y la de bloc a través de Sorel. Esto es, vocación de poder + voluntad de una clase social por unificarse en un proyecto de dirección política.

Como ya se ha señalado, son las organizaciones de la sociedad civil -aparatos ideológicos en Althusser (1974)-, las encargadas de irrigar entre las clases subalternas esta concepción del mundo. Por lo tanto, la educación, la sanidad y los servicios sociales, como su expresión concreta, cumplen una función de normalización y naturalización del *estado actual de las cosas*. Si bien la hegemonía funciona como casamata ideológica y existe una preeminencia de la dirección sobre la coerción, de la ideología sobre la violencia, el Estado como sociedad política -dictadura o aparato coactivo- (Gramsci, 2015), no se disuelve, sino que permanece en las sombras como último recurso. Puño de hierro en guante de seda.

No hay duda de que la hegemonía neoliberal ha ido imponiéndose progresivamente, en forma de shock neoliberal, como en Chile en 1973 (Mayol, 2019), o como hegemonía con Thatcher y su “There is not alternative” (Joseph, 2002). Esto que el populismo de derecha ha llamado “batalla cultural” -apropiándose de Gramsci, por cierto-, no es sino la continuación acelerada de un proceso de erosión de lo social iniciado décadas atrás. Debilitamiento de unos lazos y lealtades sociales y de clase que permitían articular los espacios vecinales y comunitarios, resistiendo la penetración del mercado y una creciente mercantilización de la vida. Todo ello en paralelo con la retirada del Estado y las consiguientes expresiones de desprotección que esto genera. En una entrevista a Thatcher (1987), la entonces Primera ministra británica señalaba: “¿Quién es la sociedad? ¡No existe tal cosa! Hay hombres y mujeres individuales y hay familias”. El argumento que ha ido permeando paulatinamente llega a negar la existencia de estructuras colectivas. Como señalan Laval y Dardot (2013), la hegemonía neoliberal ofrece una garantía de éxito a condición de ser asimilado y asumiendo la existencia de la desigualdad como dogma.

Como se desprende del párrafo anterior, el neoliberalismo no es solo un sistema económico que aboga por la reducción del Estado a su función punitiva, burocrática de control y contención social, sino que cataliza en *habitus* (Bourdieu, 2007), como sistema holístico que extiende su influencia y construye subjetividad en el campo de la cultura, las relaciones sociales, el sentido común o el individuo. Logrando permear en los grupos subalternos, los hace “partícipes” de su horizonte y propósito. Es esta clave, precisamente, la que evidencia el éxito hegemónico del proyecto neoliberal, su conversión en sentido común, en cotidianidad. García y Rendueles (2017, p. 249) afirman en este sentido que “las políticas neoliberales redefinieron un sentido común global, estableciendo nuevos límites de lo que se consideraba socialmente posible, imposible e inaceptable”. Es decir, logra, además de construir el horizonte de los pensable e impensable, de lo real y lo ideal, definir unas fronteras nítidas e infranqueables. Y continúan los autores afirmando que “las clases capitalistas lograron asumir una función dirigente e interpelar a amplios sectores de las clases populares, que sintieron que sus intereses materiales se solapan, al menos en parte, con los de las élites” (Gar-

cía y Rendueles, 2017, p. 249). Este ejercicio, en el que un grupo asume subsumirse⁷ y, por lo tanto, acepta una posición de dependencia ante otro que ocupa la conducción social, se denomina sinécdoque (Laclau, 2005). Como la parte que representa al todo. En este caso, la clase dirigente y su proyecto cumple la función de representar a la totalidad social. Se trata, por lo tanto, de una relación hegemónica.

Han sido estas clases dirigentes las encargadas de inocular el virus que, ante la ruptura de lo colectivo y de las herramientas de defensa que las clases subalternas disponían: organizaciones vecinales, partidos, sindicatos, etc., han dado paso a una forma de “darwinismo social” en la que ha aflorado la responsabilización individual ante problemas políticos. Y donde, ante la erosión del Estado, la lucha por la supervivencia ha coagulado en una guerra fratricida entre el último y el penúltimo, ofreciendo un caldo de cultivo fértil al surgimiento del populismo de derecha. Por lo tanto, este populismo de derecha, más allá de los matices particulares en sus diversas latitudes, no es sino la extensión del neoliberalismo en su versión autoritaria (Dardot y Laval 2019, 2017; Saidel 2021).

2.1. Política social y sentido común neoliberal

Si la hegemonía es el resultado de una ecuación en la que coagulan diferentes variables -filosofía, ideología, cultura y folklore-, la política pública es una de sus bisagras. En la política pública, la ideología fragua materia, toma cuerpo y permite catalizar su energía en acción política concreta.

El neoliberalismo no renuncia a la política social. Ocurre todo lo contrario, se produce una afirmación de esta a partir de su reformulación, con el objetivo de generar procesos de asimilación en el que los sujetos *expulsados* de paraíso puedan retornar a la tierra prometida. Es decir, la política social abandona su premisa socialdemócrata, marcada por la construcción de un horizonte igualitario, para adentrarse en las dinámicas del mercado, en el que el individuo se convierte en protagonista de su propio destino. El *just do it* encarna y toma cuerpo en la vida social de las políticas (Sagardoy-Leuza, 2023).

7. El término subsunción va más allá de la apropiación. Conlleva la absorción, asimilación e integración los grupos subalternos a las dinámicas que las clases dirigentes han imaginado, diseñado e implementado para su proyecto social. Se trata de una permeación ideológica, valórica e intelectual.

Estas prácticas no son nuevas, por ejemplo, durante los siglos XIV a XVI, las fórmulas para impulsar la incorporación de los pobres al trabajo tenía un carácter disciplinario, impulsando lo que Offe (1992) denomina proletarización pasiva⁸. Permitiendo distinguir capaces de incapaces y alimentar de mano de obra barata las nacientes ciudades británicas (Pérez-Eransus, 2005). Ya en la actualidad, Aguilar-Idañez y Buraschi (2023) indican que tanto las políticas como los sistemas de protección llevan medio siglo impulsando fórmulas que estimulan estas dinámicas estigmatizadoras e individualizantes. La particularidad de los últimos tiempos, continúan las autoras, es el aumento del autoritarismo como resultado de la austeridad neoliberal. Este espíritu, por supuesto, ha impregnado el conjunto de las políticas sociales. Una bicefalia en la que opera la doble condicionalidad moralización-disciplinamiento. Aunque pueda parecer burdo, el cliché tantas veces repetido de que “el pobre es pobre porque quiere”, ha mutado en matra para la política social actual. “No dar pescado, vamos a dar la caña y enseñar a pescar” es el eufemismo que se utiliza en España, para referirse a esto mismo. El común denominador de estas políticas sociales se encuentra en la individualización.

En el mundo del individualismo liberal (Aguilar-Idañez y Buraschi, 2023) los sujetos preceden a la estructura y la tensión inclusión/exclusión social no es sino el resultado de decisiones individuales. Para estas políticas, las estructuras sociales pre-existentes que determinan historias de vida tan solo son attrezzo, decorado, que las clases subalternas deben superar. La administración pública, con todos sus actores gravitantes, públicos y privados, ha cumplido una función de control social sobre los grupos más depauperados de la pirámide social. La educación, separando jóvenes exitosos de no adecuados para estudiar en la universidad; la medicina, patologizando y medicalizando toda anomia social; el trabajo social con el acceso a programas de incorporación al empleo a partir del mérito de cada usuario. Todo ello, conforma el ejército de burócratas que, escudándose en procedimientos preestablecidos y en “criterios científicos objetivos”, como son el estudio de trayectorias de superación individual o diagnósticos clínicos, niegan la presencia de la ideología en la función disciplinante que cumplen. La burorrepresión (Oliver-Olmo, 2013) como policía moral y espiritual de las sociedades contemporáneas, parte de la premisa de la existencia de recursos limitados e impregna con sus valores de esfuerzo, resiliencia, responsabilidad e individualización a los grupos perdedores de la modernidad neoliberal.

8. El término proletarización pasiva es una particularidad que Claus Offe acuña a partir del término gramsciano revolución pasiva. En la revolución pasiva, las clases dirigentes reaccionan ante un movimiento subversivo de las masas con el objetivo de conservar la hegemonía política. En el caso de la proletarización pasiva se trata de la absorción de los grupos no asalariados a las dinámicas de la modernidad.

Muy al contrario, y como señala Matus (2018, p. 225), “los individuos tienen que responsabilizarse por circunstancias de las cuales, de facto, no son responsables”; sino el resultado último de una estructura que, como si se tratara de una apisonadora, pasa por encima de todo lo que se encuentra en su camino. La política social, en última instancia, cumplen la función de correa de transmisión entre el proyecto ideológico de las clases dirigentes y el día a día de los grupos subalternos. Convierte, lo que es el resultado de la estructura social o de las dinámicas del capitalismo de nuestro tiempo, como son, por ejemplo, la sobrerrepresentación de las clases populares entre la población penitenciaria o el uso creciente de antidepresivos, en el resultado de una concatenación de malas decisiones adoptadas por el individuo. Forjando el sentido común de época, o como lo expresara Gramsci (2015, p. 24): el “torpísimo sentido común”.

Este concepto lo entiende el sardo (Gramsci, 1984, p. 327) como “la concepción del mundo difundido en una época histórica en la masa popular”. Por lo tanto, no se trata de una concepción objetiva y real del mundo, sino más bien, una ilusión de este, viniendo a evidenciar el éxito hegemónico de la clase dirigente. El sentido común no es sino la mitología del neoliberalismo, a la vez que su condición de existencia. El aporte de Antonio Gramsci a la teoría marxista, precisamente, reside en su capacidad para fraguar una arquitectura del poder y el estado que unifica estructura y superestructura: economía y política (Portelli, 2003). Aquí condensan el conjunto de relatos, narrativas y prácticas sociales que, en un contexto de crisis y austeridad permanente, empuja a las clases subalternas a una disputa entre iguales por recursos limitados. En ese escenario de lucha por la supervivencia, el señalado es quien se encuentra inmediatamente por debajo en la pirámide social. La competición por unas ayudas limitadas, unido a una función pública seducida por el entramado del Estado -liberal- y unas políticas públicas cooptadas por la maquinaria operativa e ideológica del neoliberalismo, generan el caldo de cultivo idóneo, para que los sectores que transitan la delgada línea que separa inclusión parcial de exclusión, terminen por abrazar las ideas del populismo de derecha. La sensación de hastío, de falta de respuesta y distancia en la acción protectora del Estado, barnizado con el discurso moralizante de la activación individual, entrega la sensación de soledad, de que *cada uno debe sacarse las castañas del fuego*.

A todo ello se suma la incapacidad de los sectores transformadores y rupturistas para impulsar cambios políticos sustanciales desde el Estado. Dejando a su paso un reguero de experiencias fracasadas o inconclusas, que en última instancia imprimen entre las clases subalternas la premonición de que no es posible cambiar las cosas, impidiendo “ver el orden nuevo posible, mejor organizado que el anterior, más vital” (Gramsci, 2015, p. 24).

2.2. Gobiernos progresistas como palanca y antesala de la reacción

En la particularidad latinoamericana que convoca el artículo, emerge una situación paradójica. La pendularidad de la historia se hace patente en los acontecimientos recientes que vive el continente. Los gobiernos que previamente se han señalado como populistas de derecha, han sido herederos de los gobiernos progresistas de la década anterior. Si como propone Zizek (2016), el fascismo es el resultado de las revoluciones inconclusas, se podría concluir que la falta de radicalidad de estos gobiernos progresistas, han terminado por alimentar al populismo de derecha que afecta a Latinoamérica.

El Siglo XXI alumbró esperanzador en el continente con un grupo de gobiernos que anunciaban *el fin del fin de la historia* negando a Fuskuyama. Aprovechando la articulación y movilización popular que los años de políticas neoliberal habían gatillado entre los subalternos, un grupo de figuras críticas con estas políticas -Kirchner, Morales, Correa o Chávez- alcanzaban las presidencias de sus países. Discursos cargados de retórica anticapitalista, decolonial y antiimperialismo, deslumbraron a las izquierdas del planeta, demostrando la posibilidad de que era posible disputar el poder del Estado a las clases dirigentes con una narrativa que apelaba a las clases populares.

Pero los límites del Estado liberal que Vázquez Montalbán (Triunfo, 1973, p. 18) recoge en su frase “tenemos el gobierno, pero no el poder” para referirse a la UP en Chile⁹, retumban con fuerza. La jaula de hierro de Weber parece infranqueable. En este sentido, un grupo de trabajos (Bradign, 2014; Modonesi, 2022, 2019, 2016; Muñoz, 2014; Svampa, 2013; o entre otros) afirman que los gobiernos en Venezuela, Argentina, Ecuador y Bolivia cumplieron una función pasivizadora¹⁰. Para estos trabajos, los gobiernos progresistas han aprovechado la fuerza organizada de los grupos subalternos para canalizar, institucionalizar y pasivizar sus demandas en el Estado. Resultando todo ello una reafirmación de las dinámicas neoliberales. Con otro enfoque, relacionado con la correlación de fuerza más que con la cooptación, Zizek (2016, p. 12) señala que “fallaron por no ser suficientemente radicales, porque en lugar de seguir con su lógica hasta el final, cedieron ante lo que intentaban superar”.

9. La UP es el gobierno de la Unidad Popular que entre 1970 y 1973 impulsó la “vía chilena al socialismo”. La experiencia termina trágicamente con el golpe militar de 1973 encabezado por Augusto Pinochet.

10. Una buena aproximación a estos fenómenos pasivistas (de revolución pasiva) lo realiza Svampa (2013, p. 16) cuando sentencia que estos gobiernos destacaron por un “lenguaje rupturista” en el que se oculta la “tensión transformación-restauración [...] que desemboca en restaurar relaciones sociales jerárquicas”, “cambio y a la vez conservación”. Es decir, se trataría de un cambio controlado, una modificación que renuncia a la transformación sustancial de la sociedad y sus relaciones.

García y Rendueles (2017) indican que Latinoamérica fue en los años 80 y 90 el campo de pruebas de estas políticas sociales neoliberales focalizadas en la pobreza y la exclusión o la formación para el empleo. Si bien existen trabajos que, para el contexto europeo, hablan del fin del neoliberalismo con la implementación de estas políticas de inversión social (De la Porte y Natali, 2018; Hemerijck, 2015) -reconocibles también entre los gobiernos latinoamericanos-, hay quienes niegan la ruptura con el neoliberalismo y apuntan más bien a su aderezamiento, a la humanización del neoliberalismo (Gray, 2014). El pecado de estos gobiernos de signo progresista fue precisamente que, frente a la previsible crítica a estas políticas y a una esperable sustitución por otras auténticamente socialdemócratas o socialistas, los gobiernos optaron por proyectarlas y profundizarlas. Coincidiendo con las lecturas que imprimen un sentido pasivista a estos gobiernos, Zibechi (2012) indica como la política social desde arriba tenía por objetivo desarticular la organización autónoma que la movilización había construido para integrarla al Estado. A todas luces, a partir de esta lectura, se reafirma la hipótesis de la revolución pasiva, como sello de estos gobiernos.

A la desmovilización y desarticulación que estos procesos generan, se suma la reafirmación neoliberal y reaccionaria que recogía el párrafo que cerraba el capítulo anterior. Matus (2018, p. 241) lo aterriza cuando, de manera premonitoria, reconoce que

estos mundos soñados pueden volverse peligrosos cuando las estructuras de poder, movilizadas como instrumento de fuerza que se vuelve contra sus propias masas a las que suponía que tenía que beneficiar, usa la enorme energía de aquellos en forma instrumental. Si el potencial soñado para la transformación social sigue sin hacerse realidad, entonces este puede enseñarles a las generaciones futuras que la historia las ha traicionado.

3. El Trabajo social como caja de resonancia de las clases dirigentes

Como señala Ioakimidis (2021, p. 36), es necesario mirarse al espejo, “ser valientes y tener confianza al explorar nuestra historia”. El trabajo social se encuentra “maldito” por su pecado original: unas raíces inseparables de la caridad y la beneficencia. Como si fuera la condena de Sísifo arrastrando su pesada piedra, la profesión carga con esta mochila de la que no logra deshacerse. Se revuelve pretendiendo superar su génesis, pero, así como Sísifo parece que en algún momento alcanza la cima y se libra de su desdicha, el Trabajo Social termina por reafirmar su origen vinculado a la ayuda. Como señala García y Rendueles (2017, p. 246) el trabajo social se encuentra “atravesado por un relato histórico que se relaciona de manera ambigua con los precedentes benéfico-caritativos de la profesión: Por un lado, reconociendo su herencia y, por el otro, afirmado una ruptura respecto de la represión que la pobreza que encarnaba”.

La marca que arrastra la profesión no es sino la actualización permanente a las diferentes épocas del capitalismo. Al fin y al cabo, como señala Matus (2018, p. 229), el Trabajo Social se instala en la “brecha existente entre capital y trabajo”. Es decir, se trata de un ejercicio que transita las fisuras que el capitalismo como modelo económico, político y cultural genera en la sociedad. A lo largo del tiempo, el trabajo social ha cumplido una función reformista y moralizante con los grupos subalternos, sostenida sobre las bases que instaura la “ley de pobres de 1984” sobre *merecedores y no merecedores* de ayuda. En la actualidad, el merecimiento ha transitado eufemísticamente hacia *la activación y la condicionalidad de conducta* en el derecho a percibir prestaciones y subsidios. Independientemente de la sutileza de los términos utilizados, la galvanización de las lógicas neoliberales en la acción profesional se hace evidente.

El trabajo social y sus profesionales no son sujetos ajenos a la realidad, todo lo contrario, son el resultado del pasado y a partir de los sedimentos que este ofrece, elaboran su presente y futuro (Vivero-Arriagada, 2023). Anteriormente se ha señalado al sentido común neoliberal como fuerza hegemónica. Si hegemonía “es la capacidad para normalizar, naturalizar, definir los márgenes de lo posible e imposible, de lo correcto y lo incorrecto, de lo moral e inmoral por parte de un grupo social en un momento histórico determinado” (Alzueta-Galar, 2019, p. 64), es comprensible que la profesión sea víctima y victimario de forma simultánea. Esto explica por qué en el Trabajo Social se han acabado abrazando lógicas asistenciales, instrumentales y acrítica (Aguayo, 2007; Iamamoto, 1997; Vivero 2018). Esta retórica ha terminado por permear a los servicios sociales, de la misma manera que lo ha hecho con la policía, la educación o la sanidad (García y Rendueles, 2017). Un ejemplo de ello son las políticas de recortes, como las señaladas al inicio del artículo. Estas han venido legitimándose, en muchos casos, por el trabajo social¹¹, a través de lo que Gramsci denomina “peso muerto de la historia”, es decir: indiferencia, inacción o silencio, lo que a todas luces, es un ataque a los grupos subalternos.

Este trabajador social es la piedra angular, el producto acabado de lo que Gramsci (2015) denomina estado integral¹² en tanto que expresión de la hibridación entre sociedad civil y sociedad política. Esto es, si el Estado moderno fragua en “hegemonía acorazada o revestida de coerción» (Gramsci, 1975, p. 165), el Trabajo social cumple la función hegemónica. La disciplina toma cuerpo en la parte humana del centauro de Maquivaelo (Gramsci, 2009) en tanto que existe una primacía de la seducción sobre la coacción, de remoralización de los subalternos. En palabras de Portelli (2003, p.

11. La profesión ha tenido, también, voces críticas muy dignas: <https://www.laizquierdadiario.com/El-dia-del-trabajador-social-y-los-desafios-en-el-gobierno-de-Milei>.

12. Se trata de la unificación de la sociedad política y la sociedad civil en un solo cuerpo. En palabras de Gramsci (2015, p. 258): “aferrar toda la vida popular y nacional”.

73-74), existe una permeación ideológica, también sobre otros grupos sociales, lo que evidencia “el debilitamiento del papel de la sociedad política y por tanto de la coerción. [...] La sociedad política se ve así reducida a un rol de apoyo y tiende incluso a integrarse parcialmente en la sociedad civil.”

Pues, como si se tratara de un pulsar, que, con su capacidad para emitir intensas formas de luz y energía lanza señales al espacio que le rodea, el trabajo social gamonaliza de la ideología de las clases dirigentes al conjunto de las clases trabajadoras y los grupos subalternos con los que se vincula (Guerra, 2015). En una tensión imposible de resolver -a la vez que perversa- bajo las fórmulas de un trabajo tecnocrático, la profesión termina por ofrecer un horizonte de posibilidad y esperanza a los grupos con los que trabaja, a condición de seguir un itinerario, un proyecto de vida y comportamiento socialmente aceptable. En ese mismo sentido Iamamoto (1997) presenta a este intelectual-trabajador social como altavoz de la ideología de las clases dirigentes. Como un intelectual que reproduce la hegemonía entre los sectores subalterno (Alzueta-Galar, 2023).

Esta forma de Trabajo Social sitúa a la disciplina como un grupo auxiliar del bloque histórico (Portelli, 2003), aliado lateral y pieza angular para mantener un orden social basado en la desigualdad y la explotación. El trabajador social se convierte en el nuevo carcelero, al estilo foucoltiano, quien, desde un nuevo panóptico que ahora toma la forma de intervención social, observa, acompaña y siempre disciplina a las clases subalternizadas.

Desde ahí no existe horizonte alguno ni para el trabajo social ni para los grupos con los que la disciplina se relaciona. Esta intervención se encuentra abocada a unas prácticas repetitivas y alienantes, reproductoras de estructuras de desigualdad (Ferguson y Lavalette, 2023), que convierten al trabajador social en un burorrepresor al servicio de las élites. Pero existen puntos de fuga. El trabajo social es una disciplina abigarrada, donde cohabitan diferentes formas de intervención. Están, quienes como a se ha expresado, afirman y refirman su confianza en la caridad, pero también quienes hacen de la transformación social la clave de su intervención. Utilizando a Hernández et al. (2002) estas respuestas, en última instancia, van desde lo adaptativo conservador, lo educativo reformador, lo subversivo, y de semilla reversiva.

4. Intelectual orgánico y profesional generador

A todas luces, el trabajo social es la disciplina que mayor cuenta puede dar de los procesos de empobrecimiento entre las clases subalternas y del debilitamiento de los vínculos sociales en el contexto de la crisis neoliberal. También, del surgimiento de un “sujeto amorfo” con perfiles y problemáticas cada día más diversas. Este hecho complejiza todavía más la intervención y viene a rompen con el “usuario cronificado” de lo que algunos economistas han llamado “los años de oro del capitalismo”. A ello se suma el colapso de unos servicios sociales infrafinanciados y burocratizados, y a unos esfuerzos puestos en el disciplinamiento y la moralización. Es decir, el trabajo social palpa diariamente la creciente tensión social que se ha instalado en gran parte de los países occidentales y que tiene al populismo de derecha como su expresión política más reciente.

Sin duda, y como dice Vivero-Arriagada (2023, p. 27), “el trabajo social ha tenido una relación histórica con las clases populares, ha sido testigo “privilegiado” de las precariedades cotidianas que deben enfrentar hombres y mujeres de todas las edades”. Nadie en la disciplina puede negar esta afirmación, de la misma forma que hay diferentes formas de abordarla. El paso al frente, el salto al futuro que plantea la teoría gramsciana y que será desarrollada en este ítem, propone transitar del *profesional reproductor al profesional generador*. El profesional reproductor es el que ya se ha desarrollado largo y tendido a lo largo del trabajo: altavoz consciente, inconsciente o indiferente del mensaje y proyecto de las élites, agente disciplinante y acrítico. El profesional generador es obra nueva, genuina, heredero de las mejores tradiciones en trabajo social, reflexivo y siempre abierto al diálogo pedagógico con los subalternos. No rehúye, tampoco, el debate con otros trabajadores/as sociales. Educador como práctica liberadora, en términos freireanos.

Para Gramsci, este profesional generador es el intelectual orgánico, un profesional que, surgiendo de entre las clases subalternas, adquiere un compromiso político con estas, con la que es su clase. Es decir, el profesional generador interviene “ya no reproduciendo los intereses de las élites, sino que comprometiéndose en las luchas de los sectores populares oprimidos” (Vivero-Arriagada, 2023, p. 45). Este ejercicio equivale a una ruptura ético-política con una disciplina acomplexada por su propia historia y parcialmente atenazada, como resultado de la profundización neoliberal, de la que, como ya se ha señalado, el trabajo social no es ajeno. Supone la afirmación radical de un horizonte nuevo por construir bajo la brújula, siempre presente, de que el objetivo inherente a las ciencias sociales no es solo interpretar, sino que interpretar para transformar el mundo (Marx, 2014).

Es necesario partir de la premisa, ampliamente debatida en el artículo, de que “las ideas y las opiniones no nacen espontáneamente en el cerebro de cada individuo [sino que] han tenido un centro de formación, de irradiación, de difusión, de persuasión”

(Gramsci, 2015, p. 356). Por lo tanto, si las clases dirigentes cuentan con una serie de dispositivos para la formación, la seducción, la diseminación y la expansión de sus ideas entre el conjunto de la población, y el trabajo social es uno de los actores centrales en este ejercicio, se deben abordar fórmulas para que la intervención rompa con estas lógicas asistenciales y burocráticas.

Este ejercicio requiere de una trenza (1) ético-política, (2) epistemológica y (3) práctica para la conformación de ese nuevo sujeto. El *profesional generador* necesita afirmar su compromiso político con la transformación. Es decir, el giro y el quiebre resultan de un proceso intenso y desafiante, de renuncia con gran parte de lo aprendido y ejercido previamente. No se trata de un momento Epifanio o místico, sino una decisión política. Utilizando una analogía cinematográfica, debe elegir entre la cápsula azul o la capsula roja de Matrix. Conlleva hacerse consciente de que el trabajo social es, pero pudiera no ser. Que, si bien, la mayor parte de los programas y proyectos, y la formación que se imparte en las universidades, reproducen los valores de las clases dirigentes, esto podría ser de otra forma. Y que, en última instancia, y acudiendo a una situación paradójica, el horizonte para el que debería de trabajar la disciplina sería alcanzar una sociedad en la que no fuera necesaria la existencia del trabajo social.

Esta primera etapa, la ético-política, supone problematizar la disciplina, reconocer su razón cínica, en tanto que, si bien, en su discurso habita la esperanza y el cambio, en su práctica, por el contrario, opera como dispositivo de control social y moralización de los grupos subalternizados (Vivero y Alzueta, 2022). Diseccionar el quehacer profesional para separar un discurso aderezado con buenas intenciones, pero que termina por asumir la función ideológica bajo la coraza del Estado. Problematizar, por lo tanto, conlleva superar la apariencia de la intervención social estadocéntrica para exponer su esencia. Solo si se enfrenta, si se pone frente al espejo esta condición, es posible llevar a cabo una aproximación epistemológica diferente desde la disciplina.

La ruptura ético-política abre la puerta a la llegada de (2) un abanico de marcos epistemológicos críticos amplio. Entre ellos está el trabajo social feminista, decolonial o la escuela crítica de Frankfurt, entre otras. Este trabajo, como ya se ha señalado, se sitúa en el trabajo social contrahegemónico y la teoría de Gramsci.

Siguiendo a Horkheimer (2000, p. 81) para referirse a la Escuela de Frankfurt, pero amplificando esta definición al conjunto de las teorías críticas, es posible afirmar que todas ellas buscan “emancipar a los hombres [a los seres humanos] de las relaciones que los esclavizan”. Asumiendo este elemento como punto de partida, la profesión generadora deja de comprender su quehacer como un apéndice más de la acción del Estado o la burocracia. Abandona conscientemente su labor exclusivamente asistencialista y culpabilizadora hacia los grupos subalternos, y asume una posición activa en el campo de las ideas y la organización social. Siguiendo con Gramsci (2015, p.

334), es posible entrever la concepción epistemológica y política del nuevo profesional cuando señala que “una masa humana no se “distingue” y no se hace independiente “por sí misma” sin organizarse, y no hay organización sin intelectuales. [...] El proceso de desarrollo está ligado a una dialéctica intelectuales-masa”. Ahí se sitúa el *profesional generador*.

La condición de posibilidad para cualquier cambio al interior de la disciplina en el plano epistemológico supone el abordaje del diagnóstico social a partir de lecturas estructurales de la realidad, abandonando concepciones reduccionistas imbricadas en el trabajo social de caso e individual. Existen condiciones materiales de clase, género y grupo étnico, que preceden a los sujetos, que los codifican socialmente y los afianzan a una posición en la estructura. Pero, así como con Spinoza, Gramsci es también uno de los pensadores de la esperanza. Afirma su pensamiento en el optimismo de la voluntad (Gramsci, 2015), y contempla a los grupos subalternos convirtiéndose en hegemónicos debiendo “construir un nuevo orden intelectual y moral, es decir, un nuevo tipo de sociedad” (Gramsci, 2015, p. 342).

El planteamiento epistemológico del *profesional generador* abandona la intervención en la carencia material que tradicionalmente ha abrazado el profesional reproductor, y se adentra en el campo de la ideología. Conversando y problematizando con estos sujetos las condiciones históricas, culturales, económicas y políticas que los han arrastrado al precipicio de la exclusión social. Pues, como señala Vivero-Arriagada (2023, p. 53), ahora estos sujetos son comprendidos “como resultado de las prácticas estructurales de explotación y de dominación”. La función ideológica del nuevo profesional generador requiere de un esfuerzo por desorganizar las formas políticas existentes (Hall, 1988) para correr el cerco de lo posible, y convertir lo impensable en posible. O como lo expresa Iamamoto (2000, p. 155), “ejercer [la] función de intelectual, ya no reproduciendo los intereses de las élites, sino que comprometiéndose en las luchas de los sectores populares oprimidos”.

Este quehacer intelectual, tiene una tercera (3) acepción fundamentalmente práctica, y es la que vincula al nuevo profesional generador con la función organizativa. Siguiendo con Freire (2004, p. 102) “toda comprensión corresponde tarde o temprano a una acción”. Se trata de una praxis (Gramsci, 2009) atravesada por la dialéctica teoría-práctica.

Si la hegemonía contempla una concatenación de dispositivos y casamatas que la sostienen y proyectan, no es casual, que, en sus esfuerzos por desarticular las posibles formas de resistencia social, las clases dirigentes, a través del Estado, hagan todo lo posible por debilitar los lazos de solidaridad, las organizaciones políticas y sindicales de las clases trabajadoras y sus fórmulas vecinales. La función organizativa del intelectual orgánico, del profesional generador, es también una premisa epistemológica. Sin organización, sin fuerza colectiva, no hay posibilidad de resistir los envites del

populismo de derecha, y mucho menos de construir una alternativa a este. Por lo tanto, este accionar profesional debe apuntar a un trabajo de restañar, recuperar lo social y comunitario como condición *sine qua non*. Salir de las dinámicas directivas profesional-usuario que no hacen sino reproducir unas lógicas de poder asimétricas y abogar por un ejercicio más cercano y horizontal. No se trata de una renuncia sistemática al trabajo asistencial, porque las carencias materiales inmediatas siempre están presentes. Pero sí aprovechar este trabajo para abordar un quehacer que proyecte un análisis mayor de su situación. Supone el paso de la conciencia ingenua a la crítica (Vivero, 2020; 2023), lo que en la teoría marxista se ha denominado “clase en sí y clase para sí”. Esto se traduce en la necesaria transición desde un sujeto que asume su realidad como inmutable, a otro que reconoce su contexto como el resultado de unas estructuras sociales que lo condicionan y, además, está dispuesto a organizarse para cambiarlo. El profesional generador debe asumir ese rol, acompañando ese proceso de toma de conciencia y poniendo las herramientas para que estos grupos subalternos encuentren el espacio comunitario, vecinal o político al que integrarse. A este proceso, de paso de “la necesidad a la libertad” (Gramsci, 1986, p. 146), Gramsci lo denomina catarsis. Se trata del “momento en que los elementos del pueblo cuestionan su normalidad oprimida, explotada, subordinada, generando elementos propios de un nuevo horizonte intelectual, ético y político” (Oliver, 2017, p. 27).

Es cierto que la mayoría de los programas en los que el trabajo social se inserta, replican lógicas de caso y familia, con itinerarios y recorridos preestablecidos y rígidos. Desbordar los marcos de esta intervención, problematizando en cada encuentro y traduciendo las situaciones particulares en causas estructurales, ofrece un espacio generoso y honesto para la disciplina en su relación con las clases subalternas. Reconociendo y abordando las situaciones personas e inmediatas que ahogan a estos grupos, pero asumiendo un rol político transformador, que no se limita al disciplinamiento y la reproducción social. Porque, si la hegemonía es la dirección intelectual y moral de una clase en su esfuerzo por presentarse como grupo universal, la contrahegemonía también depende de la capacidad para construir un proyecto intelectual y moral radicalmente opuesto al neoliberalismo y al populista de derecha.

La propuesta ideológica de los grupos dirigentes se sostiene en valores individualizadores, de responsabilización individual, por lo tanto, en la erosión de los lazos de solidaridad y de las organizaciones de clase que han sido las encargadas de arrancar a estas élites los derechos sociales y políticos. El trabajo social generador debe apostar por valores alternativos, gatillando y promoviendo la solidaridad, la participación social, la responsabilidad colectiva. Estos valores, resultan performativos, es decir, requieren de una acción. A diferencia del individualismo liberal en el que se depositan todas las responsabilidades en el sujeto, los valores alternativos se ejercen en contacto con otro/a, en la comunidad, participando de la organización vecinal, del grupo ecologista o del sindicato de vivienda.

Es aquí donde se puede observar la divisoria de aguas. Si el populismo de derecha se alimenta del aislamiento social, de la creencia entre los grupos subalternos de encontrarse solos ante un presente y un futuro inquietante, lleno de riesgos. En los que existen otros próximo en la pirámide social que aspiran a quitarle las ayudas limitadas que el Estado entrega. La alternativa a ello reside en el encuentro, en el contacto y el diálogo, en el saber que independientemente del origen nacional, la creencia religiosa o el género, los problemas y los riesgos son comunes entre los grupos subalternos. Que las problemáticas que enfrentan los barrios, de inseguridad, gentrificación y desempleo, son problemas estructurales, el reflejo de un sistema económico y unas políticas ajenas para estos sectores. Y que, por lo tanto, las respuestas son colectivas.

5. Conclusiones

Hace un siglo Brecht denunciaba al capitalismo como antesala del fascismo. En este artículo se asume esta misma premisa con respecto del populismo de derecha. Apparentemente, este fenómeno va a continuar extendiéndose. Las crisis sistémicas – económica, social, climática– y la falta de una alternativa desde el progresismo que entregue un horizonte posneoliberal, poscolonial y pospatriarcal a los grupos subalternos resulta el escenario propicio para que se consolide el avance de la agenda regresiva.

En ese sentido, es posible cerrar el artículo planteando una serie de consideraciones finales que, más que certezas, entreguen preguntas desde las que continuar debatiendo, reflexionando y proponiendo fórmulas con las que enfrentar el avance de estos actores.

1. El populismo de derecha, como sujeto político, irradia su proyecto de sociedad entre el conjunto de la población logrando permear, también, en el trabajo social. Las políticas de recorte del gasto social, así como los discursos criminalizadores y de responsabilización individual impulsados por estos gobiernos han llevado a la disciplina a reafirmar lógicas asistenciales en oposición a la intervención en derechos que había ido instalándose en Latinoamérica desde el retorno a las democracias. A ello se suma un mundo universitario que ha dejado la “batalla ideológica” para centrarse en responder a las demandas del mercado laboral. Esto ha alimentado el perfil acrílico y apolítico de un profesional que limita su quehacer a cumplir la función de correa de transmisión en la entregar de recursos (escasos) desde el Estado a las clases populares. Se puede deducir, por lo tanto, que las políticas en materia social impulsadas por estos gobiernos populistas profundizan las ya implementadas anteriormente por sus predecesores neoliberales, generando un doble impacto: (1) reduciendo (todavía más) el campo de acción de trabajo social, estrangulando a la profesión a una función administrativa, burocrática y de control. Y posteriormente, también, (2) impulsando la transición desde campo interventivo hacia lo ideológico y epistemológico dentro de la profesión, en el que le imprime un sello propio al rol del trabajo social que,

en cierto modo, recuerda al de “visitadora”¹³ o asistente social. Si en alguna ocasión se habló de la vuelta a la reconceptualización o de neoreconceptualización, en este momento podría hablarse de la neotecnocratización del trabajo social. Una vuelta al trabajo social disciplinante y alienante.

2. Pero, así como se ha señalado la capacidad persuasiva y el impacto de las políticas que estos gobiernos han tenido para la disciplina, también existen puntos de fuga. Han surgido voces críticas y grupos de resistencia tanto en Brasil durante el Gobierno de Bolsonaro¹⁴, como en la Argentina¹⁵ de Milei. Expresiones del trabajo social que apuestan por situarse como intelectuales orgánicos, como profesionales generadores. Que desde los altavoces que dispone, ha expresado su rechazo y crítica hacia estas políticas. Esto implica, por supuesto, visitar experiencias pasadas exitosas. Antes se ha mencionado la reconceptualización, pero se podría añadir el trabajo realizado en la defensa de los derechos humanos durante las dictaduras militares, o posteriormente, en la reclamación de “verdad y justicia”. También las experiencias de autoorganización durante el corralito en Argentina con la autogestión de fábricas. El continente contempla un sinfín de experiencias en las que el trabajo social ha cumplido un papel destacado, en las que fijarse y rescatar aquello que puede resultar útil para nuestro tiempo.

3. Decía Gramsci que quien controla la educación y la cultura, logra proyectar su modelo de sociedad convirtiéndolo en universal. El profesional generador debe bucear allá donde tiene capacidad de incidencia y de llegada a estos grupos subalternos, desbordando la intervención propiamente tal. Hoy en día, este espacio ha sido generalizado en las redes sociales. Es en ellas donde los mensajes de perfiles como Milei, Kaiser, Trump o incluso las iglesias evangélicas conservadoras, han logrado asentarse. Una apuesta, seguro que no exenta de polémica y debate, es la de adentrarse en este espacio para cumplir la función de dique de contención e incluso de confrontación argumental. Elaborando un proyecto pedagógico de masas, que desmonte estos discursos de odio hacia los grupos más estigmatizados. La invitación y sugerencia es enfrentar al populismo de derechas en el mismo terreno que le ha llevado a su posición actual, las redes sociales como nueva fórmula de acceso a la educación, a la cultura y al entretenimiento en el S.XXI.

13. En Chile, la visitadora social es una de las precursoras del trabajo social. Vinculado a la caridad y la beneficencia, es un término que fue superado por el de asistente social y finalmente, el de trabajo social.

14. <https://www.ifsw.org/manifiesto-por-los-acontecimientos-de-los-ataques-de-las-politicas-del-presidente-bolsonaro-contra-la-educacion-universitaria-y-el-desarrollo-de-la-pesquisa-y-la-ciencia-en-brasil/>.

15. <https://redinformativa.org/desafios-del-trabajador-social-en-el-gobierno-de-milei/>.

Todo ello, sin negar que la capacidad de acción del trabajo social es limitada ante un fenómeno global de las características del populismo de derecha. A todas luces, un desafío titánico, pero lleno de oportunidades para la disciplina.

Finalmente, se propone una última pregunta abierta, a la luz de los acontecimientos en Chile: Un triunfo de Jeanette Jara (PCCh) en la próxima elección presidencial, ¿Podría suponer un punto de inflexión en el continente para los progresismos?

Conflicto de interés

El autor declara no tener conflictos de interés.

Sobre el autor

IGOR ALZUETA-GALAR es Doctor en Derecho y Ciencia Política por la Universitat de Barcelona (España). Trabajador Social y Máster en Intervención Social por la Universidad Pública de Navarra (España). Docente-Investigador en el Departamento de Sociología y Trabajo Social de la Universidad Pública de Navarra. Correo electrónico: igor.alzuela@gmail.com.  <https://orcid.org/0000-0001-7246-8970>

Referencias bibliográficas

- Aguayo, C. (2007). *Las profesiones modernas: dilemas del conocimiento y del poder*. Editorial Espacio.
- Aguilar Idáñez, M. J. y Buraschi, D. (2023). La reflexividad crítica como herramienta para un trabajo social emancipador. *Servicios Sociales y Política Social*, 129, 11-26. <https://www.serviciosocialesypoliticassocial.com/-119>.
- Althusser, L. (1974). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado en Freud y Lacan*. La oveja negra.
- Alzueta-Galar, I. (2024). *Hegemonía, revolución pasiva y populismo: el caso de la revuelta social de 2019 en Chile* [Tesis doctoral en Derecho y Ciencia Política]. Universitat de Barcelona, Barcelona. <https://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/211746>.
- Alzueta-Galar, I. (2023) Hegemonía y crisis de autoridad en Chile: retazos políticos del modelo ante el estallido de octubre de 2019. *Perfiles Latinoamericanos*, 31(62), <https://dx.doi.org/10.18504/pl3162-007-2023>.
- Alzueta-Galar, I. (2023). Catarsis. Un concepto necesario para el Trabajo Social. In: Arriagada, L. A. V. (Comp.). *Gramsci y la filosofía de la praxis. Aportes para un proyecto ético político del Trabajo Social* (pp. 135-166). Buenos Aires, Temuco; Clasco, Ediciones Universidad Católica de Temuco.
- Alzueta-Galar, I. (2019). Hegemonía y movimiento sociales: el Trabajo Social como intelectual orgánico y la intervención transformadora. *Revista Intervención*, 9(2),

- 61-76. <https://intervencion.uahurtado.cl/index.php/intervencion/article/view/82>.
- Anderson, P. (1981). *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en occidente*. Fontamara.
- Balsa, J.J. (2007). Hegemonías, sujetos y revolución pasiva». *Revista Tareas*, 125, 29-51. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=535055617003>.
- Bourdieu, P. (2007). *En sentido práctico*. Siglo XXI.
- Bradign, R. (2014). From Passive to Radical Revolution in Venezuela's Populist Project. *Latin American Perspectives*, 41 (6), 48–64. <https://www.jstor.org/stable/24573991>.
- Cámara, S. [Vázquez Montalvan, M] (22-09-1973). La capilla siXtina: Allende, Visconti, Peckinpah. *Revista Triunfo*. 573 (XXVIII), 18.
- Dardot, P. y Laval, C. (2019). Anatomía del nuevo neoliberalismo. *Viento Sur*, (164), s/p. <https://vientosur.info/spip.php?article14984>.
- Dardot, P. y Laval, C. (2017). *La pesadilla que no acaba nunca: El neoliberalismo contra la democracia*. Gedisa.
- De La Porte, C. y Natali, D. (2018). “Agents of institutional change in EU policy: the social investment moment”. *Journal of European Social Policy*, 25(6), 828-843. <https://dx.doi.org/10.1080/13501763.2017.1401110>.
- Caro, I. y Quitral, M. (2023). La nueva derecha radical chilena en el contexto internacional: auge e ideología. *Polít. Soc.* 60(1), 78303. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.78303>.
- Ferguson, I. and Lavalette, M. (2023). ‘It’s Not Dark Yet but It’s Getting There’: Global Crises, Social Work and Resistance. In Kamali, M. (Ed.), *Revolutionary social work: promoting systemic changes*, (pp. 31-47). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781003194842-2>.
- Freire, P. (1968). *El Rol del Trabajador Social en los Procesos de Cambio*. Editorial Ícara.
- Freire, P. (2004). *La educación como práctica de libertad*. Siglo XXI.
- Freire, P. (2006). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI.
- García García S. y Rendueles Menéndez de Llano C. (2017). Hacia un nuevo Trabajo Social crítico: el gobierno de lo social en la era neoliberal. Presentación del Monográfico. *Cuadernos de Trabajo Social*, 30(2), 243-260. <https://doi.org/10.5209/CUTS.56352>.
- Guerra, Y. (2015). *Trabajo social: Fundamento y contemporaneidad*. Editorial Colegio de Trabajadores Sociales de la Provincia de Buenos Aires.
- Gramsci, A. (2016). *Odio a los indiferentes*. S.d: Epublibre.
- Gramsci, A. (2015). *Antología Gramsci. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*. Akal.
- Gramsci, A. (2009). *La política y el Estado moderno*. Diario Público.

- Gramsci, A. (1986). *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 4. Ediciones Era.
- Gramsci, A. (1984). *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 3. Ediciones Era.
- Gramsci, A. (1975). *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. Juan Pablos.
- Gray, M. (2014). The swing to early intervention and prevention and its implications for social work. *The British Journal of Social Work*, 44(7), 1750-1769. <https://doi.org/10.1093/bjsw/bct037>.
- Green, M.E. (2011). Rethinking the subaltern and the question of censorship in Gramsci's Prison Notebooks. *Postcolonial Studies*, 14, (4), 387-404.
- Guha, R. (2011). Gramsci in India: homage to a teacher. *Journal of Modern Italian Studies* 16(2). 288-295.
- Hall, S. (1988). *The hard road to renewal. Thatcherism and the Crisis of the Left*. Verso.
- Hemerijck, A. (2015): The quiet paradigm revolution of social investment. *Social Policy*, 22(2), 242-256. <https://doi.org/10.1093/sp/jxv009>.
- Hernández, M^a D., Martín, P., & Villasante, T.R. (2002). Estilos y coherencias en las metodologías participativas. En Villasante, T. y Garrido, F.J. *Metodologías y presupuestos participativos. Construyendo ciudadanía* / 3. (pp. 17-42). CIMAS-IEPA-LA.
- Horkheimer, M. (2000). "Apéndice" ("Nachtrag") en *Teoría tradicional y teoría crítica*. Barcelona, Ediciones Paidós e I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona.
- Iamamoto, M. (1997). *Servicio social y división del trabajo*. Editorial Cortez.
- Iamamoto, M. (2000). *Renovação e conservadorismo no serviço social: ensaios críticos / Renewal and conservatism in social service: critical essays*. Cortez.
- Ioakimidis, Vasilios (2021). Trabajo social en el contexto neoliberal global: solidaridad y resistencia desde una perspectiva radical. *Propuestas Críticas en Trabajo / SocialCritical Proposals in Social Work*, 1(1), 28-42. <https://doi.org/10.5354/2735-6620.2021.61229>.
- Joseph, J. (2002). *Hegemony. A realist analysis*. Routledge.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de cultura económica.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI.
- Laval, C. y Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Editorial Gedisa.
- Lenin, V.I. (1977). *V.I. Lenin*. Collected Works, Vol. 17. Progress Publishers.
- Matus, T. (2018). Transformación y abismo: la pasión catastrófica del Trabajo social. En: Castro-Serrano, B. y Flotts, M. (ed). *Imaginario de transformación: el Trabajo Social revisitado* (pp. 188-223). RIL.
- Marx, K. (2014). *Tesis sobre Feuerbach. La ideología Alemana*, 499-502. Akal.
- Mayol, A. (2019). *Big Bang. Estallido Social 2019. Modelo derrumbado, sociedad rota*,

- política inútil*. Catalonia.
- Modonesi, M. (2019). El progresismo latinoamericano: Un debate de época. En Gaudichaud, F. Webber, J. Modonesi, M. (Eds), *Los Gobiernos Progresistas Latinoamericanos Del Siglo XXI*. (pp. 181-229). Itaca.
- Modonesi, M. (2016). Revolución pasiva. Usos y abusos en América Latina del concepto gramsciano. *Gramsciana*, (2), 85-114.
- Modonesi, M. (2022). *La revolución pasiva*. Bellaterra edicions.
- Mudde, C. (2021). *La ultra derecha hoy*. Paidós.
- Mudde, C. (2019). *The far right today*. Polity Press.
- Mudde, C. (2004). The populist zeitgeist. *Government and Opposition*, 39(4), 541-563. <https://doi.org/10.1111/j.1477-7053.2004.00135.x>.
- Mudde, C., y Rovira Kaltwasser, C. (2013). Exclusionary vs. Inclusionary Populism: Comparing Contemporary Europe and Latin America. *Government and Opposition*, 48(2), 147-174. <https://doi.org/10.1017/gov.2012.11>.
- Muñoz Jaramillo, F. (coordinador) (2014). *Balance crítico del gobierno de Rafael Correa*. Universidad Central del Ecuador, Quito.
- Netto, J. P. (2003). El Servicio Social y la tradición marxista. En Borgianni, E; Yolanda Guerra, Y. y Montaña, C. (Coords.) *Servicio Social crítico* (pp. 153-170). Sao Paulo, Brasil. Cortez Editoria.
- Offe, C. (1992). *La sociedad del trabajo: problemas estructurales y perspectivas de futuro*. Alianza universidad.
- Oliver L. (2017). Gramsci y la noción de catarsis histórica. Su actualidad para América Latina. Las Torres de Lucca. *International Journal of Political Philosophy*, 6(11), 25-42. <https://revistas.ucm.es/index.php/LTDL/article/view/76939>.
- Oliver-Olmo, P. (Coord). (2013). *Burorrepresión. Sanción administrativa y control social*. Bomarzo.
- Pérez-Eransas, B. (2005). *Políticas de Activación y Rentas Mínimas*. Fundación FOES-SA.
- Portelli, H. (2003). *Gramsci y el Bloque histórico*. Siglo XXI Editores.
- Retamozo, M. (2025). El populismo antipopulista de Javier Milei. Demandas, discurso y política de la derecha radical en Argentina. *Revista Mexicana De Ciencias Políticas Y Sociales*, 70(253). <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2025.253.87496>.
- Roque, R. (2021). Nayib Bukele: populismo e implosión democrática. *Andamios*, 18 (46). 233-355. <https://doi.org/10.29092/uacm.v18i46.844>.
- Sagardoy-Leuza, I. (2023). *Violencia, memoria y poder. Una etnografía del campo anamnético-político en Navarra*. [Tesis doctoral en Humanidades y Ciencias Sociales]. Universidad Pública de Navarra, Navarra. <https://doi.org/10.48035/Tesis/2454/44929>.
- Saidel, M. L. (2021). El neoliberalismo autoritario y el auge de las nuevas derechas, Universidade do Vale do Rio dos Sinos. *História Unisinos*; 25 (2), 263-275. <https://>

- doi.org/10.4013/hist.2021.252.06.
- Svampa, M. (2013). La década kirchnerista: populismo, clases medias y revolución pasiva. *Lasarforum*, 44 (4), 14-16.
- Thatcher, M. (1987). *Interview, 23 September, as quoted in by Douglas Keay, Woman's Own*, 31 October 1987, pp. 8-10. <http://www.margaretthatcher.org/document/106689>.
- Thomas, P. (2013). Hegemony, passive revolution and the modern Prince. *En Thesis Eleven*, 117(1) 20-39.
- Vivero-Arriagada, L. A. (Comp.). (2023). *Gramsci y la filosofía de la praxis. Aportes para un proyecto ético político del Trabajo Social*. CLACSO; Universidad Católica de Temuco. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/248251/1/Gramscifilosofia-praxis.pdf>.
- Vivero, L. (2020). Reflexiones en torno al pensamiento de Gramsci y Freire: Sus puntos de encuentro. *Revista Eleuthera*, 22(1), 192-211. <http://doi.org/10.17151/eleu.2020.22.1.11>.
- Vivero, L. (2018). El Imaginario crítico del Trabajo social chileno Post-Dictadura: avances, tensiones y desafíos. En: Castro-Serrano, B. y Flotts, M. (ed). *Imaginarios de transformación: el Trabajo Social revisitado* (pp. 112-136). RIL.
- Vivero, L. (2014). Una lectura gramsciana del pensamiento de Paulo Freire. *Cinta de Moebio*, (51), 127-136. <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-554X2014000300002>.
- Vivero, L. (2013). El trabajador social y su función de intelectual orgánico. *Revista Regional de Trabajo Social*, 27(59).
- Vivero, L. A. y Alzueta, I. (2022). Desafíos del trabajo social en el escenario constituyente. Un análisis desde los aportes de Gramsci. *Revista Eleuthera*, 24(2), 277-294. <http://doi.org/10.17151/eleu.2022.24.2.14>.
- Williams, A. (2020). *Political hegemony and social complexity*. Switzerland, Springer nature Switzerland.
- Williams, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Las Cuarenta.
- Zanotti, L. y Roberts, K. M. (2021). (Aún) la excepción y no la regla: La derecha populista radical en América Latina. *Revista Uruguay de Ciencia Política*, 30(1), 23-48. <https://doi.org/10.26851/rucp.30.1.2>.
- Zibechi, R (2012). *Política y miseria*. Zambra/Baladre.
- Zizek, S. (2016). *La permanencia en lo negativo*. Ediciones Godot.

CUHSO

Fundada en 1984, la revista CUHSO es una de las publicaciones periódicas más antiguas en ciencias sociales y humanidades del sur de Chile. Con una periodicidad semestral, recibe todo el año trabajos inéditos de las distintas disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades especializadas en el estudio y comprensión de la diversidad sociocultural, especialmente de las sociedades latinoamericanas y sus tensiones producto de la herencia colonial, la modernidad y la globalización. En este sentido, la revista valora tanto el rigor como la pluralidad teórica, epistemológica y metodológica de los trabajos.

EDITOR

Matthias Gloël

COORDINADOR EDITORIAL

Víctor Navarrete Acuña

CORRECTOR DE ESTILO Y DISEÑADOR

Ediciones Silsag

TRADUCTOR, CORRECTOR LENGUA INGLESA

Mabel Zapata

SITIO WEB

cuhso.uct.cl

E-MAIL

cuhso@uct.cl

LICENCIA DE ESTE ARTÍCULO

Trabajo sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0)